

DIOS: ¿AGUJERO O TAPA-AGUJEROS?

PERE TORRAS

Sant Feliu de Guíxols, Cataluña, España

«A Dios no lo ha visto nunca nadie». Si es así, ¿podemos hablar de «Dios»? Imaginemos la siguiente historieta:

Érase una vez unas personas que habían nacido y vivido siempre en un gran espacio cerrado por todos lados como una inmensa bola y donde tenían todo lo necesario para vivir y desarrollarse. No había puertas ni entraba luz alguna. Por eso aquella gente daba por supuesto que *su mundo* era TODO EL MUNDO. No habían desarrollado el sentido de la vista, pero sí los otros sentidos.

Un día uno de ellos alcanzó la *pared-límite* de aquel espacio, y tocó algo como una pequeña ventana que podía abrirse. Avisó a todo el grupo diciendo: *Tocad aquí. ¡No hay nada!* Algunos alargando el brazo comprobaron que realmente no tocaban nada. Alguien dijo: *Esto es un agujero, un hueco en la pared, y podría ser peligroso. Déjenlo como estaba.* Pero otros pensaban que tal vez aquel vacío podía ser como una salida. Tal vez existía un «exterior»; quizás *su mundo* no era lo único que existía...

La *ventana* quedó entreabierta y ahora entraba luz. Por eso, después de mucho tiempo, algunos comenzaron a desarrollar el sentido de la vista: veían una especie de «mancha luminosa y borrosa» en medio de la oscuridad general, y hablaban de ello.

Otros, a aquello que más o menos podían ver, lo llamaban simplemente *alucinaciones*.

Con el tiempo algunos percibían mejor aquella luz: veían la forma que tenía, pero no sabían si lo que podían *ver* pero no *tocar* era parte de la *pared-límite* o venía de fuera, si existía «fuera».

-¿Podría ser que existiera un mundo exterior? -se preguntaban unos.

-¡Eso es imposible! Todo lo real se puede tocar.

-¡Tal vez el mundo de verdad está ahí fuera, y nosotros no disponemos del sentido adecuado para percibirlo! -decían otros.

Aquel «vacío» fue causa de grandes discusiones, y también peleas y divisiones. Muchos lamentaban y denunciaban el gran «engaño» generado por *cuatro iluminados*. Decían: *Ya tenemos bastantes problemas aquí para preocuparnos de si existen o no otros mun-*

dos. Pero otros decían: *¿No se dan cuenta? Quizá este nuestro mundo no es más que una prisión. ¡Si existe un mundo «exterior», todo es diferente para nosotros!* Unos querían tapiar el agujero maldito, otros querían mantenerlo abierto, otros hacer nuevos agujeros...

Pasado más tiempo, algunos descubrieron que cuando alguien pasaba cerca de aquel «agujero» podían *verle*. Ellos y las cosas, cuando pasaban cerca de aquello que llamaban «luz», de alguna manera también se hacían «luminosos». No sabían qué era la «luz», pero la «luz» les permitía *verse* y *ver* las cosas.

Los poderosos de entre ellos quisieron hacerse los dueños de aquel agujero, e incluso querían obligar a todos a pasar por allí delante para controlarlos mejor.

¿Cuántos problemas provocó ese «agujero»? Pero también, según algunos, ¿cuántas posibilidades!

No sabemos cómo acabó la historieta. Tú, querido lector, puedes imaginar su *final* o su *proceso* sin final.

«Dios»: ¿Qué queremos decir con esta palabra?

La palabra «Dios» podría ser el nombre que nosotros damos al «agujero» que experimentamos en nuestras vidas. Por poco que lo pensemos, experimentamos que nuestra vida está *agujereada*. Desde nuestro lado, lo percibimos como un *vacío*, si bien no sabemos si está *lleno* de alguna *realidad* que no podemos captar.

Yo sé que existo porque experimento directamente mi existencia. Pero esta *experiencia* tiene dos caras: me siento existente, pero me doy cuenta que podría no existir. Soy, pero no soy *causa* de mí mismo. Me siento un *ser*, pero no ser *absoluto*. Como el pájaro que vuela, me siento *flotando en la existencia*, pero a la vez siento que no me sostengo por mí mismo. ¿Soy *sostenido*? Por poco sincero que sea conmigo mismo, siento que mi existencia dice relación a OTRA REALIDAD que me hace de soporte. Soy como la luz de una lámpara eléctrica: existe, pero dejaría de existir si se desconecta.

¿Qué es esta OTRA REALIDAD?

No lo sé. Sólo la siento como un *agujero* en mi existencia. Y es precisamente este hueco que siento en mí lo que me permite no sentirme *pesado*, *macizo*, *opaco*, *solo*... Es como una ventana que me libra

de quedar encerrado en mí mismo. Es sentir que el *centro* de mí mismo está *fuera de mí*, como en los enamorados. Estar enamorado: sentir que el centro de la propia vida está en la persona amada, fuera de uno mismo. Entonces la propia vida se hace comunión, diálogo, relación...

De hecho, cada persona que se hace presente en nuestra vida, si la aceptamos y nos «abrimos» a ella, crea en nosotros como un «vacío» que nos permite acogerla. Y aquí está el inicio de todo: en la PRESENCIA DEL OTRO.

¿Cómo me sitúo ante la *presencia del otro*? Si me sitúo con un corazón abierto y acogedor, se hace como un *agujero* en mi vida, y ésta se vuelve prolongada, dialogante, comunicativa... También se hace *creativa*: me creo a mí mismo como un *tú* ante el otro, y ayudo al otro a *crearse* como un *tú* ante mí. En cambio, si ante el otro me sitúo con un corazón *cerrado*, mi vida se mantiene opaca, y la presencia del otro genera en mí un deseo de dominarlo o de utilizarlo o de incorporarlo *a mi mundo* o, si no, de excluirlo del todo.

Jean Paul Sartre decía que «los otros son el infierno» ya que su libertad marca el límite de la nuestra. Pero es exactamente lo contrario: no puedo ser libre sin la presencia del otro o de los otros. Es su *presencia* lo que crea en mí un «agujero», un «espacio libre» donde puede nacer mi libertad.

Sartre «demostraba» la no existencia de Dios diciendo que, si Dios existiera, su libertad sería tan *absoluta* que nadie más podría ser libre. Según él, nuestras pequeñas *libertades* «demuestran» que no existe ninguna Libertad Absoluta. Sartre era coherente en su manera de pensar. Lo era también cuando deducía de ello la *radical soledad* de todo ser humano.

Pero este razonamiento contradice nuestra experiencia más directa. Vivimos *conviviendo*. Los otros son nuestro horizonte de posibilidad. Nuestra libertad no acaba donde empieza la de los demás. Al revés: sólo la presencia de los demás puede ofrecernos un *espacio para la libertad*, para «existir» (ex-sistere), para «con-vivir».

¿Se puede pasar de los otros al OTRO (Dios)? *Racionalmente*, no; porque sentimos a los otros, pero no sentimos al OTRO. En cambio *existencialmente*, en la medida que entramos en una situación de diálogo y de comunión con los demás y con el mundo, *intuimos*

que la «existencia agujereada» no es una peculiaridad exclusiva de cada uno de nosotros. Cuando vamos en avión, si alguien tiene miedo a caerse, de nada le sirve agarrarse fuertemente al asiento, porque el peligro, en todo caso, es de *todo el conjunto flotante*. Así también nosotros, en la medida que somos conscientes de formar un solo mundo, nos damos cuenta de que es *todo el conjunto* que está flotando. Es todo nuestro mundo que se sostiene en la existencia a pesar de que *no se sostenga por sí mismo*. Así pues, *somos sostenidos*, no obstante nuestra incapacidad de conocer quién nos sostiene. Existencialmente, la *apertura a los demás* nos lleva al OTRO, desconocido.

¿Es posible estar abiertos a los demás y no dar el paso hacia el OTRO? *Racionalmente*, sí. Es posible respetar a los *demás*, e incluso dar por ellos la vida, sin hablar de «Dios» y negando todo contenido real a esta palabra. Sin embargo, *existencialmente* la auténtica *apertura* a los demás va siempre *más allá* de su realidad concreta. Respetar realmente a los otros incluye la actitud de respetarlos aunque fueran diferentes de lo que son. En la realidad concreta de cada *otro* respetamos *todos los demás*. En cada *otro* concreto respetamos al OTRO, desconocido.

Pero también es posible que alguien diga que «cree en Dios» sin estar realmente *abierto a los demás*. Esto querría decir que se ha hecho un «Dios» a su medida, para legitimar o disimular su *cerrazón*. Sería un «ídolo». En el lenguaje de nuestra historieta, sería un Dios «tapa-agujeros».

Cuando una persona dice: «No creo en Dios», siento ternura hacia ella, porque imagino como debe resultarle pesada y opaca su vida. Y me gustaría decirle: «Pues, yo sí creo en Dios», y lo siento como un «vacío» dentro de mí que me permite ser *ligero, transparente, abierto, libre, dialogante...*

Es posible que el compañero ateo respondiera que también él se siente *ligero, transparente, abierto, libre, dialogante...* Entonces, yo sabría que los dos estamos haciendo una experiencia muy parecida, a pesar de la palabra «Dios». Ella la excluye como ídolo «tapa-agujeros», y yo la experimento, la acojo y la gozo como «agujero» en mi existencia.

Así pues, «Dios» es una palabra de uso y de contenido variable, según el lenguaje y la *actitud profunda* de cada uno. ¿Qué sabio resulta el antiguo mandamiento: No tomarás el nombre de Dios en vano!